



Fiesta de la Inmaculada Concepción

Al cumplirse 150 años de la Declaración del Dogma de la Concepción Inmaculada de María

“Alégrate, llena de Gracia, el Señor está contigo”.

Este anuncio del Ángel Gabriel resuena gozoso para cuantos celebramos hoy la Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María en esta Iglesia de la Purísima de Salamanca y para cuántos a través de Televisión Española participáis en esta Eucaristía de apertura del **Año de la Inmaculada**, convocado para renovar nuestra consagración personal y comunitaria a nuestra Madre la Virgen María, al cumplirse 150 años de la proclamación del Dogma de su Concepción Inmaculada. Como fieles hijos de María, nos sentimos todos unidos en el afecto fraternal y en la comunión de fe de la Iglesia.

En el Dogma de la Inmaculada Concepción, proclamado el día 8 de diciembre de 1854 por el Papa Pío IX, la Iglesia confiesa que **“la bienaventurada Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de pecado original en el primer instante de su Concepción por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo Salvador del género humano”**.

Y en esta celebración eucarística hacemos actual ese Misterio de nuestra fe, y damos gracias a Dios porque en María ha dado inicio a la nueva era de gracia en la que Él mismo ha cumplido su promesa de dar a la descendencia de Eva la victoria sobre el mal y el pecado. La gracia de Dios ha llenado a María, y, por los méritos del que sería su Hijo, la ha redimido de modo eminente y la ha preservado de la herencia del Pecado Original que consiste en la privación de la Santidad y la Justicia que Dios había otorgado al hombre en el origen. Así, desde comienzo de su existencia, María ha participado plenamente de la Salvación de Cristo y del amor santificador de Dios Padre por el Espíritu Santo.

La plenitud de gracia le fue regalada a María a causa de la elección para ser la Madre del Mesías, el Hijo de Dios, concebido por obra del Espíritu Santo. De esta manera, María, ha sido asumida por Dios en su plan eterno de Salvación que estuvo oculto durante generaciones y se ha manifestado en la plenitud de los tiempos por Jesús, el Hijo de Dios, nacido de una mujer para que recibiéramos el ser Hijo de Dios por adopción. María, la llena de gracia desde su concepción, es instrumento para la dispensación de la gracia de Cristo para nosotros y se convierte así en motivo de nuestra acción de gracias a Dios.

El Padre, que nos ha elegido en Cristo, antes de la creación del mundo, para ser sus hijos y nos ha concedido la gracia de ser santos e irreprochables ante Él por el amor, ha



reservado un lugar especial para la mujer que es la Madre de Aquél a quien ha confiado llevar a cabo la obra de la salvación. Esta “mujer” es insinuada proféticamente en la promesa dada a nuestros padres caídos en pecado (Gn. 3, 15); ella es la Virgen que concebirá y dará a luz un Hijo cuyo nombre será Emmanuel (Is. 7,14). Pero es en la Anunciación dónde con mayor claridad se revela el misterio de María: su plenitud de gracia personal, para ser digna Madre del Hijo del Altísimo; y la plenitud de la gracia de Dios presente en ella para nosotros: su Hijo, Jesús, que es el Hijo de Dios, concebido por la gracia del Espíritu Santo.

María, la llena de gracia, es la nueva Eva que, frente a la desobediencia de la primera mujer se declara esclava del Señor y dispuesta a que se cumpla en ella su palabra. Esta humildad y obediencia de María a la voluntad de Dios es el comienzo de la victoria sobre el pecado que ha dominado al hombre desde que decidió ser como Dios, conecador y única norma del bien y del mal. Por la fe y la obediencia de María viene al mundo un Hijo, la estirpe de la mujer que herirá la serpiente en la cabeza viene al mundo el Santo Hijo de Dios, que siendo igual al Padre y estando en comunión de amor por Él, cumple con perfección su voluntad. Con su libre obediencia al Padre por amor hasta la muerte en cruz, el Hijo nacido de María se revela como el camino elegido a seguir por cada hombre para llegar a plenitud su imagen y semejanza de Dios. Devuelto a la vida por el Espíritu de Dios, es la Fuente de la Vida. Y en la totalidad de su ser y de su misión es la Verdad que Dios revela a sus hijos los hombres, como luz para comprender el misterio de nuestra propia existencia, nuestra identidad y nuestra misión en cada etapa de la historia.

La Concepción Inmaculada de María revela cómo la identidad de su existencia y la realización de su misión están sustentadas en la gracia de Cristo. Y, en la celebración de esta fiesta, María sigue mostrándonos a su Hijo, como el Santo Hijo de Dios, que nos descubre nuestra verdad de hijos renacidos en Cristo del agua y del Espíritu Santo, que nos muestra el camino y nos hace partícipes de su vida divina fuente del amor y de la libertad verdadera que de Él germina.

María está situada en el centro mismo de la enemistad y de las hostilidades entre la descendencia espiritual de Cristo y la estirpe de la serpiente que acompañan la historia de la humanidad en la tierra y la historia misma de la salvación. En esta lucha, la Virgen María lleva en sí la “gloria de la gracia” que el Padre nos regala en el Hijo Amado. En nuestra historia humana de pecado y de salvación, María, la llena de gracia, debe ser para nosotros señal de esperanza y garantía de victoria.

En María contemplamos la belleza de una vida sin mancha entregada al Señor. En ella resplandece la santidad de la Iglesia que Dios quiere para todos sus hijos. En ella recuperamos el ánimo cuando el pecado nos lleva a la experiencia de la desnudez y el miedo ante Dios. En ella reconocemos que es Dios quien nos salva, inspirando, sosteniendo y acompañando nuestras buenas obras. En ella encuentra el niño la protección materna que le acompaña y guía para crecer como su Hijo, *en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios* y ante los hombres (Lc 2, 52). En ella encuentra el joven



Carlos López Hernández

el modelo de una pureza que abre al amor verdadero. En ella encuentran los esposos refugio y modelo para hacer de su unión una comunidad de vida y amor. En ella encuentran las Vírgenes y los consagrados la señal cierta del ciento por uno prometido ya en esta vida a todo el que se entrega con corazón indiviso al Señor (cf. Mt 19, 29; Mc 10,30) con su canto del Magníficat, María es signo de esperanza para la muchedumbre de los pobres, de los últimos de la tierra que han de ser los primeros en el reino de Dios.

María nos precede y acompaña en la peregrinación de la fe, en la espera permanente de la venida del Señor Jesús. La llena de gracia nos invita a dar primacía en nuestra vida a la gracia de Dios con el cultivo de la oración y aprendiendo en este Año de la Eucaristía a buscar en ella la fuente y el culmen de nuestra vida cristiana. María sigue alentando la actividad apostólica de la Iglesia en España, para que sea capaz de anunciar el Evangelio a nuestro mundo tan necesitado de su luz.

Parroquia de La Purísima, 8 diciembre 2004